

**América Latina: Crisis y Cambio**

*Argentina: una alternativa  
sin alternativas*

**II**

**Buenos Aires es, sin duda, la más bella ciudad latinoamericana. Está hecha, está organizada, está unida, como la piel al hueso, a una idea real del desarrollo urbano. Esa urbe central vive, ahora, en la anécdota. Buenos Aires es una gigantesca anécdota política que se le ha escapado de las manos a Jorge Luis Borges. Anécdota radial, catártica, simbólica y onírica que amenaza transformar todo en trivialidad, en apariencia de las cosas, en humo, en proyecto onírico. Se vive, así, eludiendo el fondo radical de los problemas o contestando, por vía confusa, una pregunta que el argentino se hace, sinceramente, desde la soberbia y la objetividad:**

**—“¿Cómo pueden pasarnos estas cosas a nosotros?”**

Las conversaciones más serias, más inquietantes pueden terminarse, sin embargo, en un precipicio de ficción: el último chiste sobre López Rega o el último episodio de la lucha sindical. Se mezcla todo, se confunde todo. No es la ambigüedad como concepto del subdesarrollo. Es la equivocidad como concepto estricto del populismo.

Pero el general Lanusse me ha dicho, de repente, entre el rosario inevitable de las anécdotas de sus colaboradores —sus ex ministros reunidos conmigo en una comida en el Key Club— estas explícitas palabras reales:

**—“Sí, lo que dice usted de las anécdotas es verdad, pero Perú ha muerto”.**

El hombre que reinstaló a Perón en la Argentina —en virtud de presiones sociales reales e insustituibles, cierto— para intentar matar así, después de la inefable estupidez del “anti” militar, al peronismo mítico con el peronismo real, teje ahora una de las tantas telas de Penélope de esa nueva aventura implacable e imaginaria: la política argentina de hoy.

Los 7.400.000 votos que condujeran a Perón al poder en las elecciones de 1973 —el 62 por 100 de los votos totales en números redondos— están ahí como prueba, como un testimonio de que la movilización social fue consecuente y que el peronismo derrocado en 1955 (en la primera presidencia de 1946 Perón obtuvo 1.479.511 votos) reverdeció no solamente en los viejos sudarios blancos del justicialismo descamisado, en las penumbras borrosas de la vieja guardia, sino en los hijos de aquellos

y éstos, en los retoños también de los izquierdistas perseguidos o los liberales adversos al peronismo. En síntesis, el retorno del Hombre de su isla de Elba española, 18 años después, se produjo bajo la santificación real del voto de las mayorías. Ese hecho es indisputable. Ese hecho, un fenómeno histórico del populismo carismático, colocaba las cosas, totémicamente, bajo la vida del héroe mixtificador cuando por su edad, su temple biográfico mismo, su situación familiar y política-familiar (un contubernio hacia lo profundo psicológico en el marco de una picaresca táctica de “ustedes tienen razón”, pero ese “ustedes” eran todos) le iban a conducir a un contrato social, a un pacto social donde el populismo sería, más que nunca, el interés y los intereses de la derecha.

El genio político de Perón —indudable—, es el de la desfiguración y comprensión de la realidad psicológica de un país donde los “cabecitas negras”, donde las nuevas clases, donde los nuevos estratos sociales surgidos desde antes de 1930 estaban esperando, en el escenario de la conformidad oligárquica, el “levántate y anda”.

Los partidos conservadores, sumidos en la hipótesis histórica de la oligarquía porteña —el triunfo o la crisis de una economía vinculada a la exportación de la carne y el trigo hacia el Imperio— no quisieron aceptar la presencia, inevitable, de las nuevas clases. En el siglo XIX los partidos conservadores aplastaron a la gauchada y a las montoneras para que, bajo el pretexto de la centralización que haría de Buenos Aires la capital real de la nación (con su cabeza en Londres) se convertía a las provincias en consumidoras de los productos industriales británicos. El circuito de la dependencia, como un dogal, se precisaba.

En el siglo XX el radicalismo reemplazó, por periodos, al modelo conservador disputándole las clases medias sobre las que Hipólito Yrigoyen —su gran caudillo— edificó la verdad a medias de un populismo retardatario y liberalizante —sin trascender ciertos acentos totémicos del siglo XIX— que llegaría a chocar en la calle, violentamente, con los movimientos obreros.

Yrigoyen volvió a la presidencia, en 1928, para cumplir en ese año sus 77 primaveras. Era un hombre gastado, en-

fermo, vencido. Le quedaba, sólo, la idea de un sueño de las clases medias: **disputar ciertas áreas de poder, sin romper el statu quo, a la oligarquía terrateniente, a la cuernocracia estanciera que dictaba, bajo la cotización de la City, las normas de conducta y, sobre todo, la que extendía los salvoconductos de la buena conducta.**

Aun así, en 1930, Yrigoyen fue derrocado por un golpe militar —el del general Uriburu— que consagró, al tiempo, el fracaso del radicalismo y la violencia real de una derecha que no quería perder ninguno de los privilegios tradicionales ni dejar tampoco, en manos ajenas, las ventajas de la industrialización inevitable, pero que aspiraba fuese en el marco de las estructuras normativas del Imperio.

**Es un conflicto permanente. Cierto. Los hombres del golpe de 1930 dejaron a Argentina con una nostalgia del pasado, con una herida política real: como si todo fuese, en realidad, el año treinta, es decir, ese año argentino impasable; esa rata política en la garganta de los porteños.** Un año, el de 1930, que hizo de Yrigoyen, ya fracasado en el naufragio de la vejez (que diría De Gaulle implacable, al dialogar por última vez con Petain en Burdeos), el héroe mítico que precede, en la navegación política de los equivocados, al Perón resucitado, por la carencia de alternativas entre 1930 y 1973, para una nueva navegación con los mismos años mortales que Yrigoyen. Pura necrofilia frente a la biofilia.

Claro está que entre 1930 —la caída del Hombre del **radicalismo** de las clases medias, es decir, siempre el equivocado en los conceptos— y 1943 la derecha no supo qué hacer con el poder y, en consecuencia, los militares volvieron de nuevo a las armas y tomaron otra vez, esa sombra magnífica y virreinal que es el palacio de la Casa Rosada. La Plaza de Mayo parece hecha para el tránsito de las efemérides: **es un balcón esperando siempre al pueblo.**

A partir de 1943 es Perón quien entiende bien —analógica, pero no analíticamente— dos enormes cosas que estaban ocurriendo en el país: que el Imperio cambiaba de manos —puesto que Inglaterra se disolvía en el imperialismo norteamericano— y que aquellos estratos obreros inéditos y crecientes, que el conservadurismo histórico o el radicalismo fueron incapaces de absorber, integrar y conducir en un nuevo proyecto nacional estaban en pie ante la nación.

**La Década Infame.** (se llamó así, quedándose corto, al periodo que va del golpe militar de 1930 al levantamiento militar de 1943) terminaría, pues, con un **accidente histórico:** un coronel desconocido e imprevisible, Juan Domingo Perón, se haría cargo de un Departamento que nadie quería: el Departamento Nacional del Trabajo que, en el mes de noviembre de 1943, se convertía en Secretaría del Trabajo.

Desde ese escenario Perón cambió el curso de la vida sindical argentina. El nuevo estrato obrero urbano, el peonaje que desde las provincias vencidas (pero insurgentes siempre para revelar con el cordobazo y los cordobazos que el viejo sueño popular persistía) llegaba a Buenos Aires fue puesto en marcha y en órbita por Perón que hará entonces —y ese es el sello real de su Contrato— lo que el conservadurismo y el radicalismo negaron: el reconocimiento jurídico y político de una nueva clase social.

Si yo digo que la alternativa peronista es una alternativa sin alternativas es por algo que está por encima de ese enorme y sagaz descubrimiento sociológico de Perón: porque la alternativa renovadora del peronismo estará marcada, desde su origen, por el espectro de la psicología de su descubridor —la de un reformista simulador y efectista— y por la equivocidad de un populismo que albergará en su seno, como todos los movimientos de su signo histórico (con singularidades propias en el argentino) la agitación de las masas y su manipulación y control; el lenguaje de la demagogia y la dirección de las masas desde unas categorías que sí, coyunturalmente, coincidían con algunas de sus reivindicaciones sociales necesariamente esa dirección, contraria a sus intereses fundamentales y profundos, tenía que contradecirlos en lo esencial: en el proyecto global del control y transformación del Estado y de la sociedad. Mientras vivió Perón, táctico genial y estrategia equívoco, ese conflicto básico se eludió o falseó.

—“Pero Perón, me dijo repentinamente el general Lanusse, ha muerto”.

NOTA: el tercero de estos artículos se titulará así: “Perón y la crisis histórica entre Inglaterra y los Estados Unidos”.